



Educar 
ENTRE EXIGENCIA Y PASIÓN

Introducción

El presente artículo pretende ofrecer algunas claves del pensamiento educativo del entonces cardenal Jorge Mario Bergoglio —hoy papa Francisco— a partir de la lectura del libro “Educar: exigencia y pasión. Desafíos para educadores cristianos”¹. Esta obra recopila una serie de cinco charlas —correspondiente cada una de ellas a un capítulo del libro— dadas a educadores argentinos por el cardenal Bergoglio durante su ministerio pastoral en el arzobispado de Buenos Aires. No se precisa si estas conferencias se hicieron durante un determinado período de tiempo ni tampoco las fechas de las mismas². Son reflexiones de un pastor para los educadores de su grey³. La lectura que proponemos no es un análisis capítulo por capítulo sino un esquema de aproximación al pensamiento y a las propuestas que subyacen a todo lo escrito por el autor.

En un primer momento se presenta el lugar desde donde él se sitúa, su horizonte de comprensión, su cosmovisión; el contexto del texto. Para pasar, en un segundo momento, a la lectura del contexto y a las alternativas que él propone. El texto desde el contexto. Se cierra, a modo de conclusión, con unas reflexiones para nuestro quehacer educativo.

Por Óscar Lozano Ríos, SDB

Coordinador Provincial de Educación de la Provincia Salesiana San Luis Beltrán.

1 Bergoglio, Jorge Mario, *Educar: exigencia y pasión. Desafíos para educadores cristianos*, Buenos Aires, Editorial Claretiana, 2013, 192 pp. También existe una reciente edición española que contiene dos conferencias más y una excelente introducción de la Hna. Inmaculada Tuset Garin, Presidenta de Escuelas Católicas de España: Bergoglio, Jorge M. (papa Francisco), *Educar: exigencia y pasión. Desafíos para educadores cristianos*, Madrid, CCS, 2013, 216 pp.

2 El cardenal es explícito en hablar del primer “cacerolazo” sucedido en Buenos Aires como manifestación de inconformidad de los argentinos con la situación de crisis económica y social que estaban viviendo. Este primer cacerolazo se da en 1996. Es un referente para el análisis que hace, pero no para la datación de la conferencia.

3 El libro que traemos como referencia tiene, después de cada capítulo, una serie de preguntas para la reflexión personal y grupal, algunas pautas para revisar la tarea educativa de cada docente y una oración final. Este complemento va más en la línea de un esquema para retiros y pretende que cada lector haga resonancia de lo expuesto por el cardenal Bergoglio. Para el análisis de este artículo se obvia este complemento.

En una sociedad en crisis...

No es nada nuevo decir que estamos en un cambio de época antes que en una época de cambios. Época signada, entonces, por las convulsiones, interrogantes, desafíos e incertidumbres que todo cambio trae. Monseñor Bergoglio se suscribe a esta definición desmenuzando con meridiana claridad los elementos, los símbolos y las consecuencias que se derivan de ello. En un lenguaje que combina la evocación a través de parábolas y ejemplos, la fundamentación bíblica, teológica y magisterial de la Iglesia con la aguda disquisición filosófica, presenta una caracterización del momento actual en que la acción educativa y el anuncio evangelizador deben desempeñarse. Es un análisis que —aunque denota rigor intelectual y una fuerte competencia académica, en particular filosófica y pastoral— busca escudriñar con ojos proféticos y mirada pastoral la situación del mundo actual⁴.

Los Elementos de la Crisis

Once son los componentes más relevantes que estructuran la situación de crisis de la sociedad actual. El primero de ellos está conformado por los avances tecnológicos como la informática, la robótica y el descubrimiento de nuevos materiales que están modificando, de raíz, los modos de producción. El segundo, el tercero y el cuarto atañen al campo de la economía que sigue su ola de mundialización haciendo que el capital no reconozca fronteras, a los consiguientes desequilibrios internacionales y sociales que, en vez de aminorar, tienden a profundizar las brechas entre ricos y pobres, entre países y continentes y al aumento, sin retroceso, del desempleo a nivel mundial que lo configura ya como un problema estructural y no coyuntural. Un quinto elemento es, sin duda, el que más está creciendo y es el agravamiento del problema ecológico del planeta.

La caída de los totalitarismos, los crecientes esfuerzos de democratización y desmilitarización de varios países unidos a renacimientos de nacionalismos y xenofobias junto a la fuerte crisis de participación de los ciudadanos, el sentimiento de no sentirse representados en las instituciones tradicionales y el incipiente nacimiento de nuevos actores y formas de representación social son, respectivamente, el sexto y séptimo elementos señalados por el cardenal Bergoglio para caracterizar la crisis del momento actual. En el octavo elemento ubica la informática y la multimediática, consecuencias del avanzar tecnológico, que están generando una verdadera revolución pues no solo tocan la economía y la sociedad sino también la cultura. La mujer y el proceso de transformación de su papel en la sociedad, la familia y el ámbito laboral con la reestructuración del núcleo familiar constituye el noveno⁵ elemento caracterizador. El décimo alude a un campo que se abre paso calladamente pero que conlleva hondos interrogantes sobre la condición humana y es la revolución biotecnológica y la manipulación genética. Por último, como undécimo elemento, la potenciación de la religión bajo las diferentes formas en que se está manifestando desde lo mágico y elemental hasta los fundamentalismos de grandes tradiciones religiosas.

Esta crisis tiene tintes dramáticos pues no es una crisis de algunos pocos, de unos cuantos países o de ciertas regiones. Es una crisis de dimensión global. Lo que está en juego es una forma de entendernos a nosotros mismos; la forma como hemos entendido la realidad. Por tanto, es una crisis histórica porque no es del hombre considerado en abstracto, "es una particular inexistencia del devenir de la civilización occidental que arrastra consigo al planeta entero".

4 Al inicio del capítulo cuarto hay un párrafo que creo sintetiza esta impostación de su análisis, dice: "Podríamos haber comenzado esta reflexión de otro modo: citando autores, documentos, teorías acerca de la situación del hombre contemporáneo, de su extrañamiento, de su despersonalización. Pero preferí invitarlos a verlo desde el sentimiento, desde el corazón". Bergoglio, Educar: exigencia y pasión, p. 103, que desde ahora abreviaremos como "E:eyp".

5 Al inicio del capítulo cuarto hay un párrafo que creo sintetiza esta impostación de su análisis, dice: "Podríamos haber comenzado esta reflexión de otro modo: citando autores, documentos, teorías acerca de la situación del hombre contemporáneo, de su extrañamiento, de su despersonalización. Pero preferí invitarlos a verlo desde el sentimiento, desde el corazón". Bergoglio, Educar: exigencia y pasión, p. 103, que desde ahora abreviaremos como "E:eyp". forum.com .

En una sociedad en crisis...

La crisis está destruyendo las certezas fundamentales y exaltando las tendencias negativas de las mismas. Parecen derrumbarse los pilares de esta civilización. Algo se ha roto y no hay puente que una. Es una crisis que afecta a todos en todas partes pero que tiene como eje central, como lugar principal, las ciudades de este tiempo de transición que ha dado en llamarse posmodernidad. La ciudad es el espacio donde se arraiga el extrañamiento y la despersonalización del hombre contemporáneo. Nada más lúgubre, solitario y deshumanizador que el ser humano arrojado literalmente en las fauces de una sociedad que lo desconoce, lo margina, lo excluye⁶. Ella tiende a oponer la gratuidad con la ciencia, la libertad con el deber, el corazón con la razón. La ciudad contemporánea engendra huérfanos, no solo niños sino también adultos.

Los Iconos de la Crisis

Dos son las figuras que —a modo de íconos— el cardenal Bergoglio presenta como símbolos de esta crisis. El naufragio y la errancia. Si bien están mencionadas y levemente explicitadas —con más énfasis la primera— son figuras poderosas que ayudan a entender el análisis del contexto que él hace. Y, sobre todo, son importantes porque dan la clave de la lectura antropológica que realiza de esta crisis. La posmodernidad bien puede llamarse “cultura del naufragio”. Cada quien está solo con su propio ser y su propia historia. Esta es su condena pero también su riqueza. Allí, paradójicamente, está la tabla de salvación. Es una cultura de fragmentos que pretenden destruir la historia. Esto es así porque la memoria está enferma, no tiene capacidad de ir más allá de lo inmediato, “está entretenida por flashes y corrientes de moda, sentimientos del momento, opiniones llenas de su ciencia que ocultan el desconcierto”⁷.

El Hombre de la Crisis

La sociedad no está constituida de entelequias sino de seres concretos de carne y hueso, personas. Se hace válida, entonces, la pregunta por el hombre que se está gestando en esta sociedad, por la antropología que subyace y que se construye en la posmodernidad.

El hombre contemporáneo es huérfano y errante por tres aspectos.

Por la **experiencia de discontinuidad** que se origina en la vivencia fragmentada del tiempo y de la historia. No hay conexiones. Solo déficit de memoria y tradición. La primera entendida como “potencia integradora de la historia” y la segunda como “la riqueza del camino andada por nuestros mayores”. Esta experiencia genera otras discontinuidades como la que se da entre sociedad y clase dirigente, entre instituciones (incluida la eclesial) y las expectativas personales.

Por el **sentimiento de desarraigo** que se vivencia en lo espacial, lo existencial y lo espiritual. El desarraigo espacial se caracteriza porque no hay un “lugar” para construir la propia identidad. Lo global suplanta a lo local, lo reduce a postal. La ciudad es invasora de la particularidad expresada en el barrio, “lo hace estallar desde dentro”. No hay posibilidad así para identificar y valorar las diferentes identidades. No hay símbolos y referentes que forjen identidades comunitarias. Es el lugar de los “no lugares”⁸.

⁶ El cardenal Bergoglio expone esta situación con la narración de un campesino que debe migrar del campo a la ciudad. Allí, en un lenguaje evocador y lleno de matices narrativos, logra involucrar al oyente y al lector no en la disquisición de una situación sino en el sentimiento y en la vivencia de esa experiencia. Cf. Bergoglio, *óp. cit.*, 101-103.

⁷ La errancia se diferencia del peregrinaje. Ella no tiene rumbo fijo, meta para alcanzar, ilusiones que alimenten el camino. La contemporaneidad alimenta la errancia con su dispersión y con la sutil aniquilación de la utopía y la esperanza.

⁸ El cardenal alude —sin dar el nombre del autor— a esta categoría de “no-lugar” que es fruto del trabajo de Marc Augé, antropólogo francés, quien la define como los lugares de transitoriedad que no tienen suficiente importancia para ser considerados como “lugares”.

En una sociedad en crisis...

El desarraigo espiritual se da con el vaciamiento de las referencias simbólicas, de los horizontes de sentido hacia lo trascendente.

Cada vez hay menos "pueblo en la calle", es decir, menos manifestaciones de arte y fiesta locales, de organización y celebración que creen cultura.

Monseñor Bergoglio admite que pueden surgir dos objeciones a estos tipos de desarraigos. Una es el florecer de los medios y redes de comunicación que suplen, con la proliferación de imágenes, los anteriores hitos históricos y comunitarios. Sin embargo, considera que no sea válido pues la simbología anterior re-ligaba, remitía a lo trascendente y, por ende, no se agotaba en sí misma. La imagen de hoy no remite a algo, no es símbolo de otra cosa. Es totalmente autorreferencial. No es medio. No tiene trascendencia.

El desarraigo existencial está vinculado con la ausencia de proyectos. Al no existir una fuerte pertenencia a la historia y las historias, la vinculación con lo utópico, con el posible, se debilita, y este es el dinamizador del presente.

La segunda objeción es que, pese a todo, la religión no ha desaparecido de este inquietante panorama. Hay superoferta de propuestas religiosas. Siendo cierto, también se debe admitir que, gran parte de ellas, se viven desde el desarraigo y la orfandad contemporáneos, sin un correlato comunitario y social.

Un tercer aspecto por el que el hombre contemporáneo es huérfano y errante se da por **la caída de las certezas**. Las que han sido el fundamento de la sociedad moderna se han diluido, caído o desgastado. La persona, la familia y hasta la fe son tocadas, cuestionadas y relegadas. La única certeza es la de que no hay certezas fundamentales. Afirmación que se ha convertido en axioma para la mayoría de los pensadores contemporáneos⁹. Se ha transformado en "el sustrato de todo un estado espiritual de este principio de siglo".

En el fondo de la caída de la modernidad y sus certezas se encuentra un profundo descrédito de la razón que analizó muy bien el papa Juan Pablo II en la encíclica "Fides et Ratio". Es el desencanto de la utopía, la exaltación de la irracionalidad y el sinsentido, la multiplicación de la fragmentariedad.

"Un pensamiento que se mueve en lo relativo y lo ambiguo, lo fragmentario y lo múltiple, constituye el talante que tiñe no solo la filosofía y los saberes académicos, sino la misma cultura 'de la calle', como habrán constatado todos aquellos que tienen trato con los más jóvenes".

El hombre contemporáneo también es náufrago, esencialmente por cinco aspectos:

- **Por el gnosticismo** que se genera en la mentalidad tecnicista y en la búsqueda de un mesianismo profano. El hombre actual es gnóstico. Posee un gran saber pero está falto de unidad y, a su vez, necesita y busca lo esotérico desde una visión secularista. Reduce lo esencial en lo superficial, la política a retórica, lo estructural en lo coyuntural, y lo peor, la realidad a la autonomía de la semiótica.
- **Por el teísmo** generado por la oferta de un Olimpo de dioses fabricados a la propia medida, imagen y semejanza de las insatisfacciones, miedos y autosuficiencias propias de cada uno. El hombre es el náufrago posmoderno que se nutre en la poblada góndola del supermercado religioso.
- **Por el sincretismo** conciliador que fascina por la apariencia de equilibrio. Evita el conflicto no por la resolución de la tensión polar sino simplemente por el balanceo de fuerzas. Esto genera un totalitarismo que —en nombre de valores comunes— concilia prescindiendo de valores que lo trascienden: "una moralina conciliadora de estructura totalitaria en contra de los valores más hondos de nuestro pueblo".
- **Por el relativismo**, fruto de la incertidumbre contagiada de mediocridad y que genera un moralismo inmanente que pospone lo trascendente y lo reemplaza con falsas promesas o fines coyunturales.
- **Por el nihilismo** que tiene como base la pretendida búsqueda de pureza. Esta pasa por encima de los valores históricos de los pueblos y aísla la conciencia de tal manera que la impide captar y aceptar los límites de los procesos. "La realidad humana del límite, de la ley y las normas concretas y objetivas, la siempre necesaria y siempre imperfecta autoridad, el compromiso con la realidad, son dificultades insalvables para esta mentalidad". El nihilismo genera la tendencia a "universalizar" todo, a uniformar en el "nuevo orden", sin espacio para la cultura y los valores locales.

9 Una reciente voz disidente en el mundo intelectual es la del escritor Mario Vargas Llosa. Desde una perspectiva diferente, coincide con muchos elementos del análisis que hace el cardenal Bergoglio. Para Vargas Llosa la cultura como se conoció en Occidente está muriendo si es que ya no ha fenecido. La cultura que abarca las expresiones fundamentales del ser humano que lo salvan del sinsentido, incluida la religión. El entretenimiento, la diversión, la imagen vacía de contenido han creado un ser humano distanciado de su centro vital y una sociedad amorfa y sin identidad. Cf. Vargas Llosa Mario, *La civilización del espectáculo*, 1.a ed., 2012, Bogotá, Alfaguara, 227 pp.

Ser portadores de esperanza

Lo lamentable de esta sociedad y de este hombre generado por ella es que “la capacidad de elección, la libertad, la no necesidad de adherirse a una normatividad uniforme, lo diverso y lo plural, todo ello tan caro a la mentalidad posmoderna, hoy por hoy se traducen lisa y llanamente en diversidad de consumos”.

Una sociedad en una profunda crisis con un hombre huérfano, errante y náufrago. Es en ella y con este sujeto que la educación y la evangelización deben seguir anunciando y forjando hoy la Buena Nueva.

El panorama anterior puede sumir en la desesperanza y el pesimismo. Iconos como el del naufragio no creo que ayuden a impulsar el entusiasmo para continuar la marcha en la construcción de “tierra y cielo nuevos”. Sin embargo, el cardenal Bergoglio no se queda en ser un augurador de catástrofes o en uno que añora “los anteriores tiempos mejores”. Es el pastor que sabe presentar las luces que deben orientar la guía del rebaño. Decididamente apuesta por la esperanza que solo puede dar el horizonte de fe y de adhesión vital a la persona de Jesús el Cristo. Y por la necesaria presencia educativa de la Iglesia en el mundo de hoy como misión insoslayable de su compromiso misionero.

Las tentaciones que se deben evitar

Construir esperanza y mantenerla viva no es fácil, máxime en un mundo como el actual. Educar y acompañar los procesos formativos, especialmente de las nuevas generaciones, se hace pesado y genera, no pocas veces, desaliento. Se hace necesario desbrozar el camino de lo que no deja ver el paso siguiente. Para Mons. Bergoglio es indispensable, en primer lugar, mantenerse alejados —como educadores y pastores— de las inevitables, sutiles y peligrosas tentaciones que invitan a desistir o contemporizar en nuestra labor. Señala cinco.

1. **El sentimiento de desaliento** pues “el que comienza sin confiar, perdió de antemano la mitad de la batalla”. Es la lucha espiritual, pues en una fe que es combativa y signada por una cruz de amor, el enemigo —bajo ángel de luz— siembra las semillas del pesimismo. Esta fe que combate desde el ejemplo del crucificado resucitado debe alimentar y también aprender de los humildes. Ellos saben hacerlo por su experiencia de vida.
2. **El querer separar, antes de tiempo, el trigo y la cizaña.** No se puede forzar ningún proceso humano. Basta con mirar y meditar la historia de salvación, la forma como Dios se relaciona con la humanidad y el creado. Lo puro no solo está en Dios. También está en la humanidad. No solo hay pecado en las estructuras humanas, también hay gracia y luz. No enfocarlo así es maniqueísmo.
3. **Privilegiar los valores del cerebro sobre los valores del corazón.** “Solo el corazón une e integra. El entendimiento sin el sentir piadoso tiende a dividir”.
4. **Avergonzarse de la fe.** Hay que implorar la fe. Es la actitud humilde del que crece en el Espíritu. Solo cuando pedimos, cuando nos abajamos, podemos crecer en Dios, como lo saben hacer los humildes de corazón.
5. **Olvidar que el todo es superior a la parte.** Somos partes de un cuerpo, el de la Iglesia, madre y maestra. No podemos olvidar esta realidad fundamental de la fe. Ella nos salvaguarda de la novedad de nuevas propuestas y programas que conllevan perder la unidad: “Una actitud insoslayable, de justicia, es salvar a los hombres del cisma y de la atomización”.

La construcción de la esperanza

Somos partes de un cuerpo, el de la Iglesia, madre y maestra.

No podemos olvidar esta realidad fundamental de la fe.

Con profundo sentido de la realidad, el cardenal Bergoglio se cuestiona si es válido hablar de esperanza en un mundo y en una sociedad donde pareciera haber problemáticas más fuertes y apremiantes para resolver. Si con dicha reflexión no estamos contribuyendo a la crítica que se hace al cristianismo de ser una huida espiritualista de los apremiantes reclamos que la realidad nos lanza. Y muy por el contrario de entrar a desechar de tajo este juicio, admite que —más veces de las que quisiéramos— los cristianos nos hemos desentendido de las realidades terrenas instalados en una cómoda y caricaturesca transcendencia. Por tanto, una reflexión y un anclaje en la esperanza pasan por aceptar la realidad en la que vivimos, con los pies en la tierra sin perder el rumbo hacia el cielo, siendo conscientes de ser —aludiendo a una hermosa expresión de un poeta— “tierra que anda”.

Una reflexión y una construcción de la esperanza son, por tanto, aceptación, compromiso y lucha. “Queremos reflexionar, entonces, sobre la esperanza. Pero no sobre una esperanza ‘light’, desvitalizada, separada del drama de la existencia humana. Interrogaremos a la esperanza a partir de los problemas más hondos que nos aquejan y que constituyen nuestra lucha cotidiana, en nuestra tarea educativa, en nuestra convivencia y en nuestra misma interioridad”.

Sin esperanza no hay futuro. Y sin futuro no hay educación que aporte al presente.

Los caminos de la esperanza

El primer camino transitado en pos de la esperanza es el del optimismo ingenuo. Se basa en la suposición que la humanidad siempre va hacia adelante, sin fisuras ni retrocesos. Los problemas actuales son considerados como superables en corto tiempo. Los avances tecnológicos y los descubrimientos científicos traerán soluciones a los grandes desafíos. La escuela es el lugar donde las nuevas generaciones entran en contacto con estos avances para corregir lo defectuoso de la humanidad. Este camino no está exento de autosuficiencia. Olvida, con frecuencia, que el ser humano está constituido de finitud y mortalidad. Su fundamento es débil pues nada garantiza que el progreso humano sea progresivo y ascendente. La civilización no ha dejado de ser bárbara.

En el polo opuesto al anterior camino, aparece el del pesimismo frente a todo cambio. Pregonero de lo más negativo, de las fallas y retrocesos del devenir humano; “expertos en descubrir conspiraciones, en deducir consecuencias nefastas para la humanidad, en detectar catástrofes”. Una tendencia con fuerte sesgo apocalíptico. Una mentalidad pesimista de la condición humana y de los procesos históricos que genera una parálisis de la inteligencia y de la voluntad. Hay en su raíz una intolerancia a la incertidumbre y un repliegue al cambio. La escuela se convierte así en un coto cerrado, un “bunker” que protege de lo externo porque es peligroso y está a la deriva.

Un tercer camino, muy cercano al segundo, es el del indiferentismo. Asume la posición de Poncio Pilatos: lavarse las manos ante la dificultad de cualquier acción transformadora. Comparten la actitud del camino pesimista pero sin peso ético: hay que “hacer lo que se pueda”. Es un pragmatismo que no cuestiona ni analiza. Es un pesimismo que no lleva a la parálisis sino a la hipocresía y al cinismo. También en la escuela se puede caer en esta tendencia cuando está “más atenta a cuestiones ‘de caja’ o a la apariencia de ‘excelencia’ que a intentar aportar algo a la construcción de una sociedad más humana”.

El auténtico camino de la esperanza discierne la verdad de cada uno de los anteriores para trazar una senda más integral y constructiva. No se puede ignorar los progresos que la humanidad ha adelantado, fruto de conquistas y fracasos, como tampoco descartar de plano las advertencias ante los peligros actuales que la misma humanidad está generando. Por eso “la esperanza se presenta, en un primer momento, como la capacidad de sopesar todo y quedarse con lo mejor de cada cosa. De discernir”. Este discernimiento se pregunta, en consecuencia, qué es lo bueno, qué es lo que se desea, hacia dónde se quiere ir. Es un discernimiento de fundamentación ética y espiritual. Está relacionado con la fe.

La construcción de la esperanza

Para el cristiano siempre está el horizonte del advenimiento del Reino de Dios. Y la parábola de la semilla de mostaza (Mc 4, 26-29) da a entender cómo se da dicho advenimiento. El cardenal Bergoglio indica que se ha hecho —con frecuencia— una interpretación errada de la parábola pues se le lee en clave de “desarrollo”, como si la historia fuera madurando por la acción oculta del reino. La idea de un crecimiento orgánico y progresivo era extraña a la mentalidad del hombre antiguo. Es por esto que, tantas veces, lo que ha advenido es un desencantamiento con la historia, pues por más siembra que se ha hecho, el reino no se hace evidente.

Lo que era cercano a la mentalidad antigua era el hecho milagroso del surgimiento de un fruto a partir de una semilla, proceso en el que no se leía una continuidad. “Así como la consumación individual pasa en la mayoría de los casos por un terrible momento de ‘discontinuidad’ (la muerte), no hay por qué rechazar que eso mismo suceda con la historia en su conjunto”. La esperanza cristiana es la aceptación del Reino de Dios que siempre está presente —aún en lo más difícil— y que se manifestará de manera plena y evidente, sin estar más oculto, en el día menos pensado. Por eso la certeza fundamental de la esperanza cristiana es la presencia de Dios en la historia, en esta en la que vivimos, es el lugar teológico por excelencia no una remota dimensión espiritual. Es en la historia donde debemos crecer; en lo más grandioso de ella y en el reverso de la misma nos sale al encuentro el Resucitado. Vivimos de esa memoria vital, porque el Resucitado es el mismo Crucificado; es decir, que toda la acción histórica de Jesús — como la nuestra— tiene su plenitud en el Cristo. Dios que creó todo en amor llevará su obra hasta el final en perfección de ese mismo amor. Por eso luchamos en esperanza, nos comprometemos con el momento histórico que vivimos. La historia no es tiempo perdido.

La memoria que alimenta la esperanza

Sin la conciencia histórica de los lazos que nos anteceden y de las consecuencias que legaremos no es posible construir en esperanza. “Un avance no arraigado en la memoria de los orígenes es ficción y suicidio. Una cultura sin arraigo y unidad no se sostiene”.

Volver siempre a las raíces, respetar los orígenes para conservarlos y, a su vez, perfeccionarlos es el camino para seguir arraigando el mensaje del Reino en este momento histórico. Y de estos tenemos un gran acervo y bagaje como pueblo de Dios, como Iglesia.

En primer lugar, hacer memoria no solo en agradecimiento sino en conciencia de la presencia permanente de Dios con nosotros; no es el peso del pasado sino la luz actualizada de lo vivido. Hacer memoria en sentido bíblico. Y también hacer memoria de los pueblos que, como las personas, tienen memoria colectiva, la común construcción de su ser. Sin memoria, una familia y un pueblo pierden su núcleo vital. Y hacer memoria de la humanidad que tiene su patrimonio común. La de la lucha ancestral entre el bien y el mal.

Por último, la memoria de la Iglesia que no es otra que la de la pasión del Señor, en la Eucaristía. Resurrección sin cruz nos ha hecho triunfalistas en no pocas ocasiones.

La esperanza, entre el “ya” y el “todavía no”

En el trasfondo de toda lectura cristiana de la realidad siempre está la tensión escatológica entre el aporte humano a la manifestación del Reino de Dios y la espera confiada de la manifestación gloriosa del Salvador. Para no reducir la esperanza a un mero ejercicio intelectual, o a una perspectiva que se crea por la sola voluntad humana, es necesario renovar la fe en que la promesa de “cielo y tierra nuevos” se cumplirá. En el entreacto está el devenir histórico donde se mezcla lo bueno y lo malo, la luz y la oscuridad, el Evangelio y el opositor.

Debemos luchar, sembrar y construir siendo conscientes que vivimos y nos movemos en medio de dos proyectos, el “que reconoce a Dios como padre, y hay justicia y hay hermanos. Y otro proyecto, el que engañosamente nos pone el enemigo, que es el del Dios ausente, la ley del más fuerte, o del relativismo sin brújula”.

La esperanza nos invita a tomar partido

Retomando a san Agustín de Hipona, Mons. Bergoglio invita a redescubrir y valorar la propuesta que hace este santo en su obra "La Ciudad de Dios". Debemos tener claro que los dos "amores" —el de sí, netamente individualista; y el santo, eminentemente social y ordenado al amor— determinan las dos "ciudades" en que se mueve la realidad humana. No es una propuesta para la época de san Agustín. Sigue siendo válida y necesaria también para este hoy pues estas "ciudades" no se verifican históricamente sino que son entidades escatológicas que nos ayudan a vivir con más fuerza nuestra fe. "La ciudad de Dios, claramente, no es la Iglesia visible: muchos de la ciudad celestial están en la Roma pagana, y muchos de la terrena, en la Iglesia cristiana".

En clave educativa

Trazado el horizonte de una sociedad en crisis y esbozada la lectura pastoral del mismo, resta presentar las perspectivas educativo-pastorales que se deben mantener, reformar o implementar para seguir ofreciendo al hombre actual el mensaje evangélico.

Educadores, testigos auténticos, para engendrar hijos e hijas en el Hijo

La primera invitación del cardenal Bergoglio, sin duda alguna, es a no decaer en la labor educativo-pastoral. Nos anima a continuar en la tarea ardua y difícil, pero necesaria, de llevar el mensaje de Cristo a un mundo cada vez más necesitado de Él. Es una invitación a renovar la vocacionalidad de la labor docente, en específico. No debe la Iglesia abandonar este campo de misión. Ni debemos acoquinarnos los educadores delante de los grandes desafíos de esta sociedad posmoderna. Por eso es exigencia y pasión. El fundamento lo encontramos en el Señor Jesús y en la esperanza que podemos construir a partir de su permanente encuentro con Él.

Lo anterior implica renovar la conciencia de ser testigos. Es lo que el mundo de hoy reclama. Navegamos en medio de un mar de mensajes sin respaldo vivencial alguno; "ninguna voz suscita confianza y corremos el peligro de caer en la incertidumbre y en la mala indiferencia, graves enfermedades del espíritu". Solo los educadores y educadoras cristianos que asumamos con entusiasmo, compromiso y humildad la grandeza de nuestra vocación podremos tener resonancia en medio de una sociedad dispersa y náufraga. Es el momento del anuncio primigenio del Evangelio. Es el tiempo del eterno llamado a la santidad.

La manera de ser testigos se inicia en la conciencia de la filiación divina en el Hijo y, por ende, en el querer que otros —educandos, comunidad educativa— despierten a la misma conciencia para crecer juntos. Educar es engendrar en otros el don de Cristo. Esta es la misión fundamental de la escuela católica: formarse y formar en dicha conciencia para aprender a escuchar y acatar la voluntad divina que siempre reorienta la propia. No hacerlo es multiplicar el naufragio y la orfandad posmodernas a la que llevan la pretensión de que en uno mismo está la orientación de la vida. "Los seres humanos no podemos vivir sin ley que nos estructure, sin llamado que nos oriente, sin calidez de padre que nos convoque".

La Escuela

Escuela es una pequeña Iglesia

No hay Evangelio sin comunidad. Esta misión educativo-pastoral no es solo de educadores y educadoras solitarios. La fuerza de la vida está en la comunidad que testimonia al Resucitado que vence la cruz. Por tanto, nuestras instituciones educativas tienen como horizonte fundamental, como pregunta retadora de cada día, el saber si están creando ambientes adecuados para el reconocimiento humano y divino de cada uno de sus integrantes; si sus proyectos, sus estructuras, sus planes, su filosofía institucional, su currículo y todo lo demás, contribuyen a que —en medio del naufragio— todos los actores de la comunidad educativo-pastoral puedan encontrar y apropiarse de su tabla de salvación, y a que —en la sensación de incertidumbre, desesperanza y desasosiego actuales— puedan vivir la fraternidad de hombres y mujeres perfectibles que se apoyan, se quieren, luchan y construyen esperanza.

Escuela que construye (rescata) una cultura humanizadora

Si la sociedad actual despersonaliza al ser humano descentrándolo de su ser interno, de su anhelo de infinito y de sentido, de su vital correlación con los otros y con el creado, de su capacidad comunicativa más allá de la imagen autorreferencial y lo sume en un mundo de sensaciones y satisfacciones inmediatas, de desencantos continuos y de desarraigos, no puede la escuela católica pasar de largo y dejar de ser el espacio humanizador que crea cultura, rescata lo opacado por el brillo posmoderno del "éxito" y enaltece la creación con el aporte integral de sus comunidades educativo pastorales.

El primer paso hacia el mundo de hoy, hacia los hombres y mujeres actuales, es la acogida. En medio de la crisis contemporánea no podemos ser sino "ese corazón que recibe, que abre puertas, que resguarda un jardín de humanidad y afecto en medio de la gran ciudad con sus máquinas, sus luces y su extendida orfandad". Ser creativos y flexibles para crear espacios y ambientes que desarrollen vínculos humanos de afecto y ternura que remedien el desarraigo. "La escuela puede ser un 'lugar' (geográfico, en medio del barrio, pero también existencial, humano, interpersonal) en el cual se anudan raíces que permitan el desarrollo de las personas. Puede ser cobijo y hogar, suelo firme, ventana y horizonte a lo trascendente"

Un segundo paso apunta al rescate de las certezas para salvar de la fragmentariedad de este presente histórico. Es más difícil porque la avalancha de imágenes, la fuerza de la publicidad y su desboque al consumismo, a lo ligero y a la relativización de todos los fundamentos es fuerte y no podemos usar sus mismos métodos compulsivos. Hay que apuntalar en dos bases: el rescate de la racionalidad y la apuesta por la búsqueda de la sabiduría.

Si bien la posmodernidad ha exaltado otras dimensiones como rechazo a una razón que no siempre ha generado progreso y libertad, también ha desnaturalizado el puesto y la función de la racionalidad como instrumento que ha ayudado y ayuda a la construcción de la sociedad humana. Tarea de la escuela es ser capaz de rescatar una válida racionalidad que supere el irracionalismo contemporáneo. No todo el producto de la razón ha sido retroceso y negación del afecto y el sentimiento humanos. La escuela, por ejemplo, es fruto eximio de esta. Se debe afinar, entonces, el fortalecimiento de un sentido ético, basado en un pensamiento crítico, racional, que sabe ocupar el puesto que le corresponde en la integridad del ser humano. Si no se hace esto cada vez más crecerá la manipulación de la información, la exacerbación de lo inmediato, la ley del más fuerte, el consumo como medida de la felicidad y la realización humanas y las consecuentes frustraciones y desalientos para las grandes mayorías que no pueden alcanzar todo esto. La búsqueda de la sabiduría no es fácil, pero responde a las preguntas fundamentales del ser. El desafío es generar una pedagogía de la pregunta que interpela e interpelando se abre a la búsqueda sincera de caminos humanizadores. Desde el horizonte de nuestra fe cristiana, es la palabra la que colma este anhelo pues ella es reveladora y creadora. Dice y hace. Por tanto, nuestro quehacer educativo no puede desvincular ambos aspectos: acoger y transmitir, obrar y decir.

La Escuela

Escuela que no deja perder la memoria de los pueblos

En la búsqueda de la sabiduría encontramos las raíces de donde provenimos. Si la escuela es el ámbito donde se construye saber y no solo información, donde se enseña a hacerse preguntas fundamentales para no nadar en la superficie, no puede haber otro camino que entrar en diálogo con el saber acumulado por generaciones.

Preservar la memoria de los antepasados es deber impostergable de la misión educativa, máxime hoy cuando el diálogo con lo construido por siglos se rompe con los fragmentos de información y con la estandarización del comportamiento y del pensamiento de las nuevas generaciones. Ante la disolución de lo local, de lo propio, la escuela no puede cejar en cultivar, alentar, enseñar, las expresiones propias de los pueblos, de la cultura autóctona, de las creaciones particulares que le dan realce y sabor al conjunto universal.

Quizás —como en la “enfermedad del sueño” en Macondo— debamos ser aquellos que recordemos a quienes olvidan cómo se nombran las cosas y para qué sirven¹⁰.

Escuela que se renueva sin dejar de ser incluyente

Ante la fuerza de la cultura dominante, no es extraño que la escuela sucumba o, al menos, se contamine de la novedad de los accesorios educativos, de la importancia de los resultados exitosos, del acelere del presente sin tiempo para la justa asimilación de procesos, de la tendencia a reducir su campo de acción a los que mejor respondan. Para ser alternativa profética la escuela no puede perder el horizonte de los que no quedan incluidos en los actuales parámetros de éxito y de consumo. No puede ajustarse al ritmo de una sociedad contemporánea que excluye ya no a unos cuantos sino a poblaciones y países enteros. A pesar de las dificultades, la escuela católica debe ser testimonio de inclusión de los más débiles y, con ello, ayudar a trazar horizontes para los pueblos y las naciones¹¹.

El libro del cardenal Jorge Mario Bergoglio, S. J., es, pues, una renovada invitación a tomar con entusiasmo y esperanza la labor docente de los educadores católicos en esta sociedad actual. Una firme y decidida defensa de la educación, en general, y de la católica, en particular, como aporte insustituible e invaluable en estos tiempos de crisis planetaria. Una voz de aliento en la no fácil tarea misionera educativo-pastoral de la Iglesia. Y, ante todo, una reafirmación del fundamento de nuestro quehacer: la persona de Jesús el Cristo que sigue ofreciendo la Buena Nueva de salvación y plenitud a toda la humanidad, especialmente a los más pobres, débiles y excluidos.

¹⁰ En Cien años de soledad, los habitantes de Macondo adquieren la enfermedad del sueño que, primero, es insomnio y después es olvido. José Arcadio Buendía encuentra la solución: ir pegando papeles a cada cosa con su nombre y su función para que todos lo recuerden y así puedan vivir. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 15 ed., 1997. Márquez, Cien años de soledad, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 15 ed., 1997

¹¹ El cardenal Bergoglio hace una excelente lectura de la situación de su país y de las perspectivas para crecer como nación a partir del poema nacional de Martín Fierro. De ahí deriva las perspectivas para la educación y para los principios constitutivos de la escuela. Por ser circunscrita a la realidad argentina no la hemos expuesto aquí, pero sí es válida como referente de la defensa de lo local, del rescate de la cultura popular, de la sensibilidad pastoral frente a los rasgos propios de cada pueblo, categorías tan características de la teología y la pastoral latinoamericanas. Cf. Bergoglio, E:eyp, 154-185.